

Matthew Fforde, *Desocialización. La crisis de la posmodernidad*, traducción de Lázaro Sanz (Encuentro, Madrid, 2013)

Juan Pablo Serra

Universidad Francisco de Vitoria (Madrid)

En verano de 2010, el *premier* británico David Cameron lanzó la iniciativa Big Society, un plan para empoderar a la sociedad civil transfiriendo la gestión de determinados servicios públicos a asociaciones de vecinos, voluntarios, organizaciones caritativas, padres y ONG's. Dicho plan era la respuesta al diagnóstico que, siendo líder de los conservadores, había ofrecido reiteradamente sobre el estado de la sociedad británica, según Cameron, una sociedad "rota" por la descomposición familiar, la dependencia del bienestar, las deudas, la droga y la pobreza, así como por el fracaso escolar, una planificación urbana inadecuada y una pobre vigilancia policial. El hilo que une todos estos males, concluía en 2008, va más lejos y nos muestra "una sociedad que corre el peligro de perder su sentido de la responsabilidad personal y social, la decencia común e incluso la moralidad pública". Un diagnóstico y una prognosis que se verían respaldados tras los disturbios de 2011, un estallido de vandalismo y saqueos no debido a la pobreza sino al mal comportamiento, la falta de límites y la ausencia de civismo, tal como sentenció entonces el primer ministro.

Aunque la tradición de conservadurismo cívico que inspira estas ideas y programas –una muestra del intento *tory* por desarrollar políticas sociales tras el fin de la era Thatcher– no era nueva, sí lo era la

pretensión de fusionar iniciativas de justicia económica y social –priorizar la banca local y el acceso al mercado del pequeño propietario, por ejemplo– con una agenda de valores tradicionales y de recuperación de la virtud y el mérito. Fusión que Phillip Blond denominó "conservadurismo rojo" en 2010 y que, desde entonces, desarrolla en el *think tank* que dirige. De hecho, es llamativo que, en su *Red Tory: How Left and Right Have Broken Britain and How We Can Fix It*, Blond no cite a Matthew Fforde –quien sí refiere, en cambio, el célebre discurso de Cameron en Glasgow sobre la "sociedad rota" (pp. 19, 401-402)–. Ambos autores critican el relativismo liberacionista de la izquierda y la sacralización del mercado de la derecha británicos (pp. 172 y 395-396, ver *Red Tory*, pp. 15-20 y caps. 4 y 5). Ambos proponen un mismo punto de partida para sus análisis de la crisis cultural de Gran Bretaña, que empezaría, por ceñirnos al libro objeto de esta reseña, en la "tendencia a la desocialización del hombre contemporáneo" (p. 25), manifiesta en Reino Unido a través de una serie de "mecanismos que actúan como palancas para separar a las personas", lo que ocurre "porque los pilares espirituales de la comunidad se han debilitado o derribado con fuerza" (pp. 17-18), convirtiendo a los individuos en "víctimas involuntarias de las situaciones culturales que les

impone sistemáticamente la pérdida de vínculos” (p. 20). Asimismo, aunque quizás sean tropos comunes, ambos autores coinciden en el listado de factores tangibles de esta crisis de lo social: retos a la institución familiar, aumento de la criminalidad y del comportamiento antisocial, deterioro de las instituciones políticas y, al final, ocaso de la sociedad civil (pp. 40-52, ver *Red Tory*, p. 7 y cap. 3).

Fforde viene estudiando el tema de la desocialización desde principios de este siglo y con cierto predicamento, como atestigua el premio Capri – San Michele de ensayo que recibió una versión anterior de esta obra en 2006. Si bien, seguramente, el que enseñe Historia Contemporánea en la universidad católica Lumsa de Roma desde 1992 junto con el cariz de sus tesis –según su autor, una lectura espiritual y espiritualista de nuestra situación (pp. 414, 419)– le haya alejado del debate “a campo abierto” sobre las consecuencias de esta crisis epocal. Aunque también cabe otra posibilidad, quizá más alarmante, a saber, que la desocialización ya se admite como un hecho y no como una tesis que exija demostración. Pero si fuera así, ¿en dónde reside, entonces, el interés de este libro? Tal vez en lo ambicioso de su planteamiento, que pasa por proponer, *qua* hipótesis, que la causa de la desocialización reside en la pérdida de la dimensión espiritual del ser humano originada en las antropologías posmodernas y en explorar levemente qué consecuencias tendría un “retorno al cuidado del alma” no sólo para definir reformas políticas y económicas en Gran Bretaña sino, más generalmente, para la comprensión que el occidental contemporáneo pueda tener sobre el significado de su vida y las posibilidades de reconstrucción del tejido social.

El reto no es menor, pues parte de algo que hoy nos resulta poco evidente, a saber, ¿por qué el cuidado del alma –o, como enuncia Fforde con elegancia, *el amor por el amor al prójimo y el amor por la verdad* (pp. 26, 61 n7)– funda comunidad? Además, Fforde escribe desde una perspectiva cristiana y católica que, aunque no excluye el valor de otras perspectivas y hasta anima a hacer frente con ellas (pp. 34-35, 424-425), puede ahuyentar a algún lector que seguramente haría bien en no dejarse amedrentar por aquellos pasajes más doctrinales. Tal vez, que nos cueste entender o aceptar inmediatamente que lo que el hombre hace con su alma tiene consecuencias para otras personas (pp. 27, 348) sea una prueba de que “la situación anómica crea personas cuyo marco de referencia es el perfil de la situación misma” (p. 345) y a las que falta imaginación para pensar alternativas – Blond, por cierto, expresa algo parecido al decir que, colonizados por el consumo, el glamour y el cinismo sobre los bienes públicos, no sabemos divisar nada distinto de lo que ya experimentamos (*Red Tory*, p. 24)–. Sin embargo, las referencias al “lado oscuro” de la cultura, a las personas “espiritualmente sanas” o a la “vida según el Espíritu” que se prodigan por todo el libro no molestan tanto por su recurrencia como porque dan demasiado por supuesto, como cuando se asume (sin explicar) que las falsas antropologías posmodernas construyen un búnker impenetrable a la luz divina que abre el camino a la pérdida de lazos sociales (p. 123). Si bien, aunque en un nivel de teología demasiado elemental, en otros pasajes el libro sí aclara la conexión alma-sociedad, como cuando explicita que cuidar del alma es optar por Dios, que pide amar al prójimo y establecer relaciones verdaderas (p. 62).

En todo caso, ya sólo el hecho de plantear el asunto, la síntesis de antropología filosófica y teológica en que basa sus premisas y conclusiones, la capacidad para contextualizar los datos y, sobre todo, la atención a la dimensión cultural de la Historia acercan esta obra a una cierta filosofía de la historia que, al igual que en Christopher Dawson, asume que para entender una cultura uno tiene que entender la religión que la alumbró. O la falta de ella. Por eso, para Fforde, la descristianización o secularización –que sintetiza en el capítulo VI mirando a la sociedad británica en 1800-1914 y 1914-2008 (pp. 204-221)– va de la mano con la desocialización como proceso cultural e histórico.

La idea de pérdida del marco referencial en Occidente es moneda corriente en la literatura histórica, sociológica, filosófica y de ficción desde el siglo XX. Lo que no es tan habitual es señalar la destrucción de lo social que tal pérdida conlleva, y que Fforde presenta en el capítulo X (pp. 384-395) refiriendo al magisterio de distintos sociólogos (de Tocqueville y Weber a Lasch y Nisbet) y que apunta de la mano del periodista y profesor Richard Löwenthal (*la crisis de la civilización occidental se debe a una pérdida de orientación en el mundo por carecer de fe en un sentido reconocible de la vida y a una pérdida de lazos originada en la dificultad de formar una identidad en medio de cambios acelerados*), del historiador Eric Hobsbawm (*el viejo vocabulario moral se sustituye hoy por las preferencias individuales*) y del novelista Michel Houellebecq (*la desintegración personal se da en un contexto de desintegración social*). Siguiendo a Rob Weatherill y otros (pp. 268-300), Fforde recuerda que donde más se evidencia la caída de este orden es en la relación entre hombres y mujeres

–crisis de la familia y de las identidades sexuales, confusión afectiva, abandono de la relación educativa– y en la paradójica desculturización que produce el carácter transitorio del entorno, cuando hay alfabetización general y ciudadanía informada pero no hay “una participación activa productiva, una experiencia común unificadora, una realización significativa de respuestas importantes a la vida... ni un arte ni un ritual comunes”, como denunció el psicoanalista Erich Fromm (pp. 335-336).

Esta desorientación general ha coincidido en el tiempo y ha sido efecto de la transformación de los grupos humanos en sociedades de masas durante los dos últimos siglos, una configuración cuyos contornos Fforde dibuja en el capítulo VII (pp. 222-266). La reflexión sobre el tipo de vida –anónima, uniforme, superficial, indiferente– en la sociedad de masas fue divisada por Tocqueville y Mill en el XIX y ocupó a una gran variedad de intelectuales y artistas europeos del siglo XX (Le Bon, Ortega y Gasset, Eliot, Chaplin, Huxley, Orwell, Roszak). Aunque la experiencia de vivir en un entorno masificado es algo que el sujeto posmoderno todavía puede reconocer, es posible que, hoy, ese paradigma esté superado y sea más preciso hablar de *sociedades red* (Castells, Innerarity), *sociedades líquidas* (Bauman) o *sociedades de enjambre* (Han). En todo caso, uno por impersonal, el otro por exacerbar al yo, ambos paradigmas de sociedad contribuyen a la desocialización en la medida en que están en tensión con nuestra exigencia biológica de pertenecer a un ambiente social accesible, personal y familiar. Esta es la idea que articula un capítulo quizá no muy novedoso en sus tesis pero prolijo en su enumeración de rasgos de la sociedad de masas: mayor

población, crecimiento de las ciudades y del urbanismo industrial; nivelación del lenguaje y disponibilidad general del ciclo entero de la educación; concentración empresarial, economía financiera y trabajo impersonal; estandarización del ocio; más Estado y menos autogobierno; política mediática, mediatizada y profesionalizada, pero no representativa; menor sentido de pertenencia; y globalización cultural. Este modelo ubicuo de sociedad explicaría la falta de una ciudad a la medida del hombre, la pérdida del sentido de responsabilidad personal y, en consecuencia, el crecimiento del gobierno y el mercado en todos los ámbitos de la vida. Pero no su necesidad. La concentración y el gigantismo, subraya Fforde (pp. 239-240), no es una característica inevitable de las economías avanzadas, como muestra el caso de Italia y la vitalidad de sus pequeñas y medianas empresas de propiedad y gestión familiares, sobre todo en el norte –un contraejemplo, por cierto, que también emplea Blond al rescatar el caso de Lombardía, de nuevo una muestra del éxito de las estructuras financieras locales y el predominio del negocio familiar (*Red Tory*, pp. 203-204)–.

No obstante, para Fforde, el factor que mejor explica la aparición de nuestra sociedad desocializada no es histórico, sino antropológico, y se encuentra en la difusión de ideas y modelos de ser humano falsos, que resume en el capítulo III, el más brillante del libro. Estas antropologías –cuyo examen beneficiará con creces al lector– serían el humanismo, el racionalismo, el derechismo (*derechicismo* traduce mejor el *rightism* original), el societarismo, el economismo, el poderismo, el animalismo, el sexualismo, el fisiologismo, el sensismo y el psiquismo (pp. 79-114). Por más que se contradicen y oponen entre sí

con frecuencia, también es cierto que estas antropologías se auto-refuerzan y que, juntas, han conformado una fuerte matriz cultural materialista que, al despojar del alma al ser humano, evacúa su responsabilidad personal y social. Su éxito, sugiere Fforde, es muy parecido al de las herejías, que hipertrofian una parte de la verdad y tienden a ser, en expresión de Eliot, *más plausibles que la verdad*, en parte porque se presentan como científicas.

El libro, voluminoso, dedica más de 400 páginas a describir este estado de cosas y, sin embargo, se dice no pesimista. ¿Lo es? En la introducción (p. 34), Fforde avanza algunos motivos para pensar que el ser humano puede invertir este proceso. En parte, todavía perduran en la sociedad británica aspectos positivos sobre los que construir. En parte, conviene no perder la confianza en el potencial del hombre para hacer el bien. Y precisamente porque, como insinúa el final del libro, el bien es difusivo, conviene animar a las personas espiritualmente sanas –aquellas que creen que el ser humano tiene alma, que los actos tienen consecuencias sobre los demás y que, como hay Alguien por encima nuestro, no estamos solos (p. 426)– a que se encuentren entre ellas, ofrezcan un testimonio encarnado de lo que significa ser auténticamente humano y, así, regeneren poco a poco una cultura vacía y una sociedad rota, que justamente se reconstruye cuando, concluye el autor, el hombre es lo que tiene que ser.

Discutible en un análisis minucioso, la lógica de la conclusión es coherente con el cuerpo del libro. Qué programa político y social pueda salir de ahí es una incógnita que Fforde no resuelve pero que, indudablemente, no deja indiferente.